

**ESTUDIO**

## **Violencia sistémica, guerra y vida “sobrante” en la crisis terminal del capitalismo**

**José A. Zamora.** Instituto de Filosofía (CSIC).

### **Resumen**

Este artículo pretende contribuir a un análisis de las causas estructurales de la violencia. Defiende la tesis de que existe una violencia específicamente moderna que acompaña al nacimiento y despliegue del capitalismo. Los modos de violencia se transforman en razón de los cambios sistémicos y producen en la actual fase de crisis terminal escenarios incompatibles con la reproducción de la vida en condiciones mínimamente dignas. La economía de la exclusión y la iniquidad se ha vuelto incompatible con la vida.

### **Abstract**

This article aims to contribute to an analysis of the structural causes of violence. It maintains the thesis that there is a specifically modern violence that accompanies the birth and deployment of capitalism. The modes of violence are transformed by systemic changes and produce in the current phase of terminal crisis scenarios that are not compatible with the reproduction of life in minimally dignified conditions. The economy of exclusion and iniquity has become incompatible with life.

## "El capitalismo mata"

Esta frase recorrió las rotativas de todos los periódicos y las redacciones de todos los medios tras la publicación de la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* (2013) por el Papa Francisco. En realidad, la frase no se encuentra en el texto en esa literalidad. Se habla de una "economía de la exclusión y la iniquidad" que mata, pero la descripción que se realiza en esos párrafos no deja lugar a dudas. Cuando la exhortación habla del "sistema económico imperante" como un sistema que mata, se está refiriendo al capitalismo. De ahí que la frase "el capitalismo mata" hiciera fortuna y se difundiera entrecomillada en infinidad de publicaciones y páginas de internet. Esto también explica la reacción virulenta de los apologetas del libre mercado frente a la deriva supuestamente "comunista" del Papa, que hablaba sin ambages del

**La inversión de medios y fines y la autonomización de la economía frente a la sociedad somete la supervivencia y el bienestar de la mayoría a la generación y acumulación del beneficio, convertidos en fin absoluto**

"fetichismo del dinero" y de la "dictadura de la economía sin un rostro y sin un objetivo verdaderamente humano". Para el Papa el juego de la competitividad y la ley del más fuerte no son la fuente del progreso y la riqueza que tarde o temprano alcanzan a todos por el efecto "derrame",

sino los mecanismos responsables de que "grandes masas de la población se vean excluidas y marginadas", de que la explotación y la opresión hayan dejado paso al "descarte", de que infinidad de seres humanos se hayan convertido en desechos, en "sobrantes". La inversión de medios y fines y la autonomización de la economía frente a la sociedad somete la supervivencia y el bienestar de la mayoría a la generación y acumulación del beneficio, convertidos en fin absoluto.

En este sistema, que tiende a fagocitarlo todo en orden a acrecentar beneficios, cualquier cosa que sea frágil [...] queda indefensa ante los intereses del mercado divinizado, convertidos en regla absoluta. (*Evangelii Gaudium*, n° 56)

Pero hablar de "dictadura de la economía" supone trasladar al ámbito de las estructuras y los procesos económicos el carácter violento que generalmente sirve para caracterizar sistemas, regímenes o prácticas políticas. Naturalmente, cuando pensamos en actos violentos, en violencia explícita, lo primero que nos viene a la mente son los homicidios, la violencia física, la violencia bélica, la violencia terrorista o la violencia policial, es decir, situaciones en las que individuos matan y mueren o, al menos, menoscaban o ven menoscabada de manera grave su integridad física y moral. Pero esa violencia

explícita, afirma el Papa, no puede desvincularse de las estructuras injustas que sumen a millones de seres humanos en la miseria y la pobreza: “un mal enquistado en las estructuras de una sociedad tiene siempre un potencial de disolución y de muerte”. Con todo, que una forma de organizar las relaciones sociales, la producción y distribución de bienes y de promover estilos de vida y valores acordes con ese tipo de organización se califique de criminal y por tanto de violenta, eso no es sin más evidente. Desentrañar los vínculos entre la organización capitalista de la sociedad y la violencia no resulta sencillo, por más que esa relación salte a la vista en infinidad de fenómenos. En este sentido, la enumeración de desafíos del mundo actual que presenta la *Evangelii Gaudium* puede leerse como una invitación a no quedarse en la superficie de los conflictos violentos que asolan el mundo y a analizar y combatir las causas estructurales de la violencia.

### Algunos apuntes sobre capitalismo y violencia

El Gran Relato de la modernidad capitalista se basa en un mito persistente y resistente a cualquier desmentido basado en los hechos. Ese mito es el de la superación de la violencia pre-moderna propia de unas relaciones de dominación directa basada en la fuerza. Contra el poder arbitrario de los señores se establece el procedimiento regulado del contrato, frente al despotismo de la tiranía se levanta el imperio de la ley y el derecho, frente la disposición asesina sobre la vida de los otros se alza la inviolabilidad de la vida de todo individuo garantizada por el Estado. Las guerras de religión y de soberanos constituyen el telón de fondo negativo frente al que toma forma este Gran Relato con el que quiere ser identificado el proyecto ilustrado. En él, los dos instrumentos clave de pacificación son el *mercado* y el *Estado*, que se presentan como un baluarte contra la violencia. El Estado sería la garantía de la renuncia a la violencia de los particulares gracias al monopolio que ejerce sobre ella. Y el mercado se erige como espacio de una “guerra incruenta” entre agentes privados que compiten por la obtención del mayor beneficio conforme a reglas compartidas y aceptadas por todos. De acuerdo con este relato la violencia dentro de esas sociedades o entre ellas se considera un fenómeno puntual, esporádico, coyuntural o externo, nunca una realidad sistémica. La “normalidad” se percibe como libre de violencia y los actos violentos como irrupciones que perturban esa normalidad, de modo que “la violencia objetiva es invisible puesto que sostiene la normalidad de nivel cero contra lo que percibimos como subjetivamente violento” (Zizek 2009: 10).

### ***El poder del Estado y su violencia como parteros del sistema productor de mercancías***

Pero esta visión no resiste un mínimo cotejo con los hechos. Frente al relato construido por las tradiciones liberales, las tradiciones críticas han mostrado que el establecimiento de las condiciones (históricas, sociales y económicas) de la organización capitalista de la sociedad está trufado de violencia. Marx se refiere a ella en *El Capital* al analizar la "acumulación originaria o primitiva". Con este concepto describe un proceso social violento de expropiación de los medios que permitían a los individuos subsistir con su propio trabajo, un proceso de enorme crueldad y efectos letales para muchos de ellos, que desarraigó y convirtió en indigentes y vagabundos a cientos de miles de campesinos. La producción del "asalariado libre" supone una *expropiación* (que pone fin a la vinculación de los siervos a la tierra, a los derechos comunales, a los derechos de compascuo, a los derechos de campo abierto, etc.) y la *privatización* de esos medios de subsistencia. La organización de las relaciones sociales bajo la forma contractual basada en la libertad y la igualdad formales, que no reales, invisibiliza la violencia que la hace posible.

Pero el triunfo de esa forma contractual no puede ocultar que la violencia estatal concentrada y organizada fue decisiva en la transformación del modo de producción feudal en el modo de producción capitalista. Ciertamente, una vez consolidado el nuevo tipo de relaciones, la coacción y la violencia han estado mediadas por las estructuras y dinámicas económicas, que también son implacables. No conviene olvidar que se trata de la férrea ley de acumulación del capital, a la que queda supeditada la reproducción social. Pero esto no quiere decir que el proceso histórico de formación y consolidación del modo de producción capitalista, así como su despliegue mundial estén libres de violencia directa. La crueldad frente a los súbditos que Maquiavelo recomendaba al Príncipe no pertenece solo a la prehistoria del capitalismo. La dualidad de capital y poder estatal que caracteriza al nuevo modo de producción no rebaja un ápice la importancia del papel del poder del Estado y su violencia como parteros del sistema productor de mercancías y como componente inmanente y estructural del mismo (Gerstenberger 2017). La identificación entre estatalidad moderna y democracia posee más elementos de leyenda interesada que de realidad (Graeber 2021).

La disminución o la eliminación de las formas de violencia directa allí donde resultaban y resultan contraproducentes para la acumulación del capital han convivido y conviven con su mantenimiento y aplicación allí donde resultan necesarias para esa misma reproducción. Lo que el politólogo Ernst Fraenkel señaló en su teoría del *Estado dual* (1941) en relación con el nacional-socialismo puede extrapolarse en diferentes grados y configuraciones a otras

fases de la modernidad capitalista. Junto al "Estado normativo" que asegura la continuidad de la sociedad capitalista coexiste un "Estado discrecional" que utiliza las sanciones legales y la violencia bruta o las intervenciones no sujetas a la ley como prerrogativa del poder estatal. El peso relativo de estos dos "Estados", o mejor de estas dos caras del mismo Estado, varía en el tiempo y también afecta de manera diferente a las acciones sobre según qué territorios o grupos sociales. Además, en los ámbitos de actuación preferencial del Estado discrecional se difuminan los contornos de lo estatal, lo paraestatal y lo criminal, del monopolio de la violencia y la actuación consentida o directamente promovida de grupos o compañías que usan la violencia al margen de la ley o las reglas establecidas incluso para la guerra entre Estados. Bastaría recordar el papel político y militar de la Compañía Británica de las Indias Orientales, que llegó a gobernar con crueldad inusitada grandes zonas de Asia con sus propios ejércitos con el respaldo de la corona británica y las élites del país. Es solo un ejemplo, pero se podría seguir una línea de continuidad de este tipo de externalización y privatización de la violencia que llega hasta los actos violentos, de coacción y extorsión realizados sobre las poblaciones y tierras de las periferias del planeta ejercidos por grupos auspiciados y financiados por las grandes compañías trasnacionales o los caciques locales, en connivencia con el poder político.

**La disminución o la eliminación de la violencia directa allí donde resultaba y resulta contraproducente para la acumulación del capital ha convivido y convive con su mantenimiento y aplicación allí donde resulta necesaria para esa misma reproducción**

La historia criminal del capitalismo resulta abrumadora: la primera respuesta represiva y punitiva a la "cuestión social" generada por el cambio de las relaciones sociales o a las resistencias al trabajo asalariado y fabril de los campesinos empobrecidos y desarraigados, las deportaciones masivas de pobres criminalizados a las colonias, la precarización extrema de las condiciones de vida del proletariado en formación, ... todos estos fenómenos son testimonio más que elocuente de la imbricación entre capitalismo y violencia, hasta hoy. Solo con una dosis de cinismo inaceptable se los puede considerar restos de incivildad pre-moderna en un proceso civilizatorio triunfal y no como las pirámides de sacrificio sobre las que se ha construido el progreso. Quien solo ve la cara aparentemente amable de las formas de trabajo en los centros del capitalismo digital, quizás esté tentado a ignorar el trabajo esclavo y las formas de violencia salvaje que permiten extraer las materias primas sin las que el capitalismo digital colapsaría o el trabajo en condiciones draconianas e inhumanas en los centros de producción de las periferias del mundo con el que se producen nuestros terminales de última generación o las prendas de

usar y tirar a precios de ganga. Pero esa violencia también forma parte de la reproducción del sistema, no es en absoluto un vestigio tribal de pueblos no civilizados o condiciones naturales de estadios subdesarrollados de los países eufemísticamente llamados "emergentes".

### ***La conexión sistémica entre capitalismo, violencia bélica, conquista y movilización total***

La conexión entre capitalismo y violencia bélica no es meramente circunstancial o externa. El teórico social Robert Kurz ha subrayado el decisivo papel que tuvieron la innovación militar y armamentística, así como la expansión por medio de la guerra en el surgimiento de las formas básicas de la socialización capitalista: el trabajo abstracto, la mercantilización de la producción, el crecimiento y expansión de los mercados, etc. (2012, 112ss). El vínculo entre la génesis del capitalismo y la economía política de las armas de fuego, que apunta a las raíces bélicas de la modernidad, no es ningún secreto, incluso para quienes como Werner Sombart destacaran por su apología tanto del capitalismo como de la guerra (Sombart 1913: 23ss).

Así pues, el establecimiento de la lógica de valorización y del trabajo abstracto no es resultado de una transformación pacífica de las sociedades agrarias pre-modernas en sociedades mercantilizadas gracias a la iniciativa de comerciantes, banqueros y empresarios amantes del riesgo, sino que fue precedido por el desarrollo de las fuerzas destructivas, por la "revolución militar" introducida por el empleo de armas de fuego en las confrontaciones bélicas. Su carácter de innovación disruptiva no solo produjo un vuelco en la organización y la logística de la guerra, sino que impuso nuevas y crecientes exigencias de crecimiento del producto social para cubrir los costes de la temprana carrera armamentística y los ejércitos modernos, dio un impulso decisivo a la monetización de la economía e hizo necesaria la acumulación de capital dinerario y la creación de un sistema financiero autónomo. La correspondencia entre los vocablos "soldado" y "asalariado" no es meramente etimológica. El carácter abstracto de la actividad, del producto y de la figura del soldado profesional se corresponde con la abstracción de la mediación monetaria y de la imposición del trabajo abstracto como base de la capitalización de la sociedad.

Ciertamente, en la fase ascendente de la sociedad mercantil, la violencia y la guerra se convirtieron en un asunto de Estado. En este sentido, los Estados-nación no sólo han actuado como instancias de control y regulación del conflicto social por medio de la fuerza legítima y de la representación política, también han sido los encargados de producir y reproducir la desigualdad y la dominación a escala universal que definen el sistema-mundo capitalista (I. Wallerstein 1984). La forma Estado y el monopolio de la violencia constituyen

la condición general de la valorización del valor abstracto (capital) dentro de un determinado territorio y, al mismo tiempo, el instrumento de su expansión mundial. Por esa razón, la forma Estado y el monopolio de la violencia no se materializan de igual manera en todas partes. En la relación entre los Estados y de estos con otros territorios el recurso a la violencia directa ha tenido la mayor virulencia y ha sido menos contenida que al interior de los mismos. Los Estados responsables de mantener la competencia "pacífica" en su territorio, no tenían empacho en reducir a material destructible en el frente de batalla a ciudadanos de otros Estados declarados enemigos.

La historia criminal de los estados modernos no ha dejado de producir pirámides de sacrificio a lo largo de los últimos siglos. Así, el objetivo de "cristianizar" y apropiarse de cuanto era "descubierto" no dudó en servirse de la espada y el mosquetón para conquistar el Nuevo Mundo y anexionarlo a la Corona, inaugurando una historia colonial de efectos devastadores por las poblaciones autóctonas. La declaración de los derechos del hombre y el ciudadano en la metrópolis no fue un impedimento para mantener la

**EL sometimiento de la naturaleza humana y extra-humana a la forma de mercancía produjo en los centros del nuevo modo de producción un agotamiento acelerado de la tierra y de la fuerza de trabajo en el curso "normal" de su explotación**

esclavitud en ultramar con el uso de una fuerza y una crueldad inusitadas. Tras la independencia de las colonias, la institucionalidad estatal en las periferias, caracterizada por una debilidad crónica, siguió marcada violentamente por la dependencia y por la subordinación a los imperativos de la reproducción del capital global, al precio de una desigualdad sangrante e impuesta de forma muchas veces brutal entre unas élites privilegiadas y aliadas y unas mayorías empobrecidas. Es un hecho incontrovertible que en el sistema-mundo capitalista la violencia estructural y la violencia directa se ha repartido de forma asimétrica entre los centros y las periferias. Y que ese reparto desigual ha sido esencial a su desarrollo.

A nadie se le oculta que los Estados-nación han jugado un papel fundamental en el reparto imperialista del mundo. Trazar las fronteras "políticas" del espacio europeo (Paz de Westfalia) fue, entre otras cosas, una manera de dividir el mundo y organizar su explotación (Balibar 2003). Para ello Europa se embarcó en la empresa de exportar la "forma frontera" a la periferia, de exportar al mundo el mismo modelo político y económico basado en asimetrías asesinas. El proceso de constitución de lo que J. W. Moore llama la "ecología-mundo" capitalista no solo supuso un sometimiento de la naturaleza humana y extra-humana a la forma mercancía de valorización del capital. Dicho sometimiento pronto produjo en los centros del nuevo modo de producción un

agotamiento acelerado de la tierra y la fuerza de trabajo en el curso "normal" de su explotación. Por eso, la dinámica de expansión territorial constituye una necesidad sistémica. Con el concepto de "frontera mercantil", J. W. Moore remite al carácter constitutivo de un "afuera" respecto la relación de valorización que, sin embargo, permite a la lógica de revalorización y acumulación reconstituirse y mantenerse en el tiempo. De modo que "el capitalismo no sólo tiene fronteras, sino que se *define* fundamentalmente por el movimiento de fronterización" (Moore 2014: 302).

Las fronteras territoriales impuestas a sangre y fuego en las periferias fueron al mismo tiempo fronteras mercantiles. La apropiación específica de frontera es la que produce e incorpora a la expansión del valor-capital la naturaleza humana y extra-humana "barata" (energía, alimentos, materias primas, fuerza de trabajo) que permiten nuevas ondas de acumulación, es decir, un aumento del volumen de material por encima del aumento de trabajo abstracto implicado en su producción. Las fronteras territoriales juegan un papel decisivo en la producción (violenta) de esa naturaleza humana y extra-humana "baratas" que antes de su apropiación están fuera del

**La sociedad como un todo solo pudo ser puesta en movimiento acelerado, intenso y concentrado hacia un objetivo común gracias a aquel despliegue de violencia que constituyen las dos guerras mundiales**

material por encima del aumento de trabajo abstracto implicado en su producción. Las fronteras territoriales juegan un papel decisivo en la producción (violenta) de esa naturaleza humana y extra-humana "baratas" que antes de su apropiación están fuera del

circuito del capital, pero contribuyen de modo decisivo a saldar la cuenta de su acumulación interminable. Digamos que la acumulación por *capitalización* no habría podido producirse sin una acumulación por *apropiación* o *saqueo*: "El saqueo de las zonas de frontera y los avances en la productividad del trabajo de las metrópolis forman un todo orgánico" (Moore 2013: 14).

Pero si la colonización europea del mundo y la primera industrialización están escritas en los anales de la historia con sangre y fuego, ciertamente la violencia sistémica y bélica en el siglo XX no encuentra parangón (110 millones de personas perecieron en conflictos armados). La totalización capitalista vinculada a la segunda industrialización necesitaba una movilización de personas y recursos técnicos y materiales, en la que tanto las dictaduras y los estados totalitarios como las formas industriales de guerra desde la I Guerra Mundial desempeñan un papel fundamental. Los conflictos imperialistas que condujeron a las dos Grandes Guerras también se gestaron en las tensiones sistémicas de un proceso de acumulación estancado. Por eso no conviene olvidar que las nuevas formas de guerra industrial y de organización política autoritaria permitieron imponer una movilización general de una magnitud desconocida, que, por cierto, se mantendría después bajo "sistemas democráticos" y "economías de paz". No debe olvidarse que la sociedad como un todo solo pudo ser puesta en movimiento acelerado, intenso y concentrado

hacia un objetivo común gracias a aquel despliegue de violencia que constituyen las dos guerras mundiales y que encuentra su rostro más terrible en el genocidio perpetrado por el régimen nacionalsocialista contra los judíos y otros grupos declarados eliminables.

Quizás convenga recordar aquí a uno de los pensadores que de manera más descarnada han reflexionado sobre la figura del trabajador industrial, la guerra y la movilización total en el violento primer tercio del siglo XX: Ernst Jünger. Este apologeta estetizador de la confrontación bélica afirmaba sin remilgos que en la I Gran Guerra se había producido un salto cualitativo en la larga praxis bélica de la humanidad. Según él, lo que se imponía en la Gran Guerra era el dominio de la técnica y el orden económico que lo hace posible. La guerra técnica es sobre todo una batalla de materiales: destrucción masiva, anónima, de desgaste y reposición de material (hombres y armas), fuerzas abstractas, ...: "los países se transformaron en fábricas gigantescas que producían ejércitos en cadena para enviarlos día y noche a los campos de batalla, donde el papel del consumidor era asumido por un desgaste cruento que asimismo se había vuelto completamente mecánico" (Jünger 1930, 102). La "movilización total" es el concepto que unifica guerra y trabajo como dos rostros del mismo proceso. Por eso, para E. Jünger, la figura que encarna este cambio epocal es la del *trabajador*, que no debe ser considerado una figura meramente económica. Según él, en el trabajador y en el espacio económico cristalizan los rasgos que ya apuntaban en la figura del soldado desconocido. No cabe duda que esta caracterización anticipa elementos clave de lo que será la reorganización de la producción capitalista después de la guerra.

El éxito de la movilización fordista consistió, entre otras cosas, en imponer por primera vez un cierre (casi completo) del sistema capitalista en una totalidad social, que consiguió una amplia eliminación de los restos persistentes de modos de producción agrarios, domésticos y comunales más antiguos, un poderoso crecimiento de la población activa, es decir, de individuos sometidos a la relación laboral capitalista, una intensificación de la sujeción y la captación de la fuerza de trabajo para la aplicación de la segunda revolución industrial (Taylorismo), la imposición de una forma de existencia acorde a esa revolución (disciplina laboral y sometimiento del tiempo no laboral al régimen de la industria del tiempo libre), un grado enorme de penetración entre la administración del Estado y la economía, etc. Ateniéndose a todos estos procesos, Robert Kurz afirma la existencia de un vínculo y una continuidad entre las estructuras de la economía de guerra (movilización autoritaria) y las formas de regulación económico-civiles del Fordismo (Kurz, 2009: 544ss.), aunque ahora nostálgicamente solo se recuerden los logros del Estado del Bienestar.

## *La economía política de la guerra*

Ya hemos visto que la estatalización y profesionalización de la guerra se vio acompañada de una explosión del gasto militar. Ninguna de las sociedades pre-modernas había destinado una parte tan importante de su producto social y sus recursos materiales a la guerra. La confrontación bélica bajo las nuevas condiciones resultaba insostenible sin la recaudación de impuestos y, por tanto, sin el mantenimiento de relaciones económicas normales y la salvaguarda de la producción de riqueza abstracta dentro de los Estados en guerra. Esto supuso el establecimiento de una clara distinción entre combatientes y no combatientes, entre espacios de destrucción y de normalidad, entre frente y retaguardia. Lo paradójico es que el avance en la industrialización de la guerra terminó convirtiendo las infraestructuras y la población trabajadora en objetivo militar, debilitando, cuando no destruyendo, las distinciones que la habían hecho posible. La racionalización instrumental de la guerra estatalizada condujo de manera cuasi inevitable hacia una forma de guerra total en la primera mitad del siglo XX.

Con todo, hasta que el armamento nuclear abrió una posibilidad real de destrucción masiva e irreversible, el fenómeno mismo de la guerra se

**La guerra resultaba ser, al menos para algunos, un "buen negocio". Y, en segundo lugar, la destrucción producida por la guerra y la posterior reconstrucción favorecían una importante reactivación económica**

contemplaba como una respuesta no solo posible, sino incluso eficaz a las crisis sistémicas. En primer lugar, porque la guerra tenía en sí misma una dimensión económica: desde el crecimiento de la demanda estatal hasta la destrucción de la sobreproducción y las sobrecapacidades,

pasando por la ocupación (y aniquilación) en los campos de batalla de la fuerza de trabajo desempleada, la producción industrial de armamento o la recuperación de la industria pesada. La guerra resultaba ser, al menos para algunos, un "buen negocio". En segundo lugar, porque la destrucción producida por la guerra tanto de bienes, como de infraestructuras y personas, así como la posterior reconstrucción se convertían en la condición de posibilidad de una importante reactivación económica, un impulso al crecimiento y una oportunidad para poner en marcha un nuevo ciclo económico. Sin olvidar la traslación a la industria civil de las innovaciones tecnológicas de la industria armamentística.

Pero aquí no acaba el significado económico de la guerra tras la aparición del arsenal atómico. El keynesianismo militarista durante la "guerra fría" convirtió a la industria del armamento en un factor fundamental de la economía y la competición entre bloques. En ambos bloques se creó un complejo

militar, científico y empresarial de dimensiones gigantescas, cuya significación económica poseía múltiples dimensiones. El economista Ernest Mandel hablaba en su obra *El capitalismo tardío* de una "economía armamentística permanente" (1972: 269ss), una especie de "derroche" aparentemente sin retorno en el circuito económico que, sin embargo, permitía compensar la tendencia a las crisis de sobreproducción del capitalismo expansivo de las llamadas "décadas doradas" de postguerra y reforzaba los intereses geoestratégicos de las potencias militares: las inversiones, la repatriación de los beneficios y el acceso a las materias primas necesarias. Estos intereses estuvieron detrás de una serie de "guerras por delegación" en terceros países (Afganistán, Angola, Mozambique, etc.) en las que se dirimía la hegemonía de una de las potencias. Pero la confrontación por las zonas de influencia, por la conquista de los mercados internacionales, por el control de los monopolios de materias primas y los flujos financieros respondía también a las necesidades de esa fase expansiva de la economía. La imbricación era evidente. Aquellos conglomerados industriales con un papel protagonista en la economía armamentística (aeronáutica, electrónica, automóvil, comunicación, etc.) lideraban al mismo tiempo los sectores más importantes de la economía civil y se beneficiaban de su posición estratégica. Si la movilización total de las dos Grandes Guerras constituye el *take off* del fordismo, no cabe duda que el keynesianismo militarista de la guerra fría actuó de marcapasos del próspero capitalismo de la era del milagro económico.

### **Transformaciones de la violencia en la etapa neoliberal y en el capitalismo de la Gran Recesión**

El término "neoliberalismo" intenta poner nombre al proyecto económico, político y cultural que es hegemónico, al menos desde los años ochenta del siglo pasado, como respuesta a la crisis del fordismo. Dicho proyecto se caracteriza por la liberalización extrema de los mercados financieros (capitales especulativos, movilidad irrestricta de capitales, estrategias de endeudamiento de Estados y particulares), la deslocalización empresarial y reorganización internacional de la división del trabajo y las cadenas de valor, la fragmentación y automatización de las cadenas productivas, el abaratamiento, flexibilización y control de la fuerza de trabajo, la ampliación global del "ejército de reserva" laboral, las estrategias agresivas de fomento, aceleración y diversificación del consumo, la implementación de planes de ajuste estructural para someter las políticas económicas a los objetivos de privatización, recorte de gastos en políticas sociales y redistributivas, ventajas fiscales, comerciales y laborales para las grandes corporaciones multinacionales, etc.

### *Las "nuevas guerras" en la era de la globalización neoliberal*

La propaganda neoliberal y el final de la guerra fría auguraban una era de paz y prosperidad (incluso sin final) que debía alcanzar al conjunto del planeta. Los ideólogos de la globalización anunciaban a bombo y platillo la creciente pacificación del mundo fruto de la completa liberalización y desregulación de los mercados. Estos aparecían en la propaganda neoliberal como el reino de la paz y la prosperidad, mientras que se denunciaba a los Estados como depredadores de recursos, fuente de corrupción, obstáculo a la libre circulación de dinero y mercancías y origen de conflictos que perjudican los negocios. La pretendida reducción y achicamiento de los Estados no solo sería buena para la economía, sino también para la pacificación del mundo. ¿Pero

**Los conflictos bélicos, la desestatalización y el descontrol de la violencia tienen que analizarse en conexión con el proceso de informalización del trabajo, el dinero y la política resultado de la evolución del capitalismo global**

podía mantenerse la identificación con un proyecto con pretensión de hegemonía mundial como el neoliberal sin señalar unos enemigos y unas amenazas que ejercieran la función de "exterior constitutivo"? Después del colapso del otro bloque la resistencia a

la lluvia de bendiciones de un mercado elevado a mecanismo casi exclusivo de la reproducción social ya no podía provenir de un sistema supuestamente alternativo de economía planificada. Por tanto, las posibles resistencias debían tener otro origen.

Ocho años antes de los atentados a las Torres Gemelas, S. Huntington daba ya soporte teórico y legitimaba la agresión a los países del tercer mundo identificando en su famoso artículo "¿Choque de civilizaciones?" (1993) las nuevas amenazas a las que se enfrentaban las naciones occidentales con un concepto instrumental de enorme debilidad teórica, pero de efectos políticos devastadores: el de "civilizaciones". Cultura y religión se convertían en la propuesta de Huntington no solo en los ejes en torno a los cuales se estructuran las "nueve" civilizaciones supuestamente existentes en el mundo, sino también en marca identificadora de aquellos países frente a los que había que protegerse, en caso necesario, como se vería más tarde, de manera preventiva. Lo importante en el concepto de "choque de civilizaciones" es que introducía un giro en el enfoque de las causas de la violencia: las étnico-religiosas pasaban a primer plano. Los grandes espacios geoestratégico en los cinco continentes eran redefinidos en claves diferentes. La globalización económica ya no se veía frenada por Estados que defendían un sistema económico pretendidamente alternativo, sino por fuerzas étnicas, religiosas o tribales no integrables en las dinámicas del mercado global. Solo una matriz étnico-reli-

giosa parecía coincidir a los ojos de Huntington con la lógica capitalista que presidía la globalización: la protestante-anglosajona.

En la nueva doctrina se producía un desplazamiento de los Estados como protagonistas de los conflictos bélicos. Unos conflictos, por cierto, que cada vez se parecían menos a las guerras convencionales. Evidentemente, el poder militar de los Estados occidentales no había disminuido y seguía estando al servicio de los intereses de la economía globalizada, pero enfrente ya no estaba el bloque soviético, ni siquiera los Estados surgidos de su descomposición, sino un enjambre de actores diversos que iban desde los "señores de la guerra" en regiones donde los Estados no eran capaces de imponer el monopolio de la violencia a grupos terroristas de la más diversa procedencia, pasando por grupos guerrilleros, paramilitares, grupos armados vinculados al narcotráfico o a los nuevos magnates de las descompuestas economías planificadas y, crecientemente, grupos violentos de inspiración religiosa (Duffield, 2004). Es precisamente en este contexto, durante los años 1990, cuando empieza hablarse de "estados fallidos" para buscar una explicación interesada a estos nuevos escenarios y, de alguna manera, justificar nuevas respuestas militares por parte de las potencias occidentales, desde el intervencionismo supuestamente humanitario a la guerra contra el terrorismo, pasando por las diferentes formas de participación en conflictos vinculados al acceso a materias primas sensibles (Call 2008; Chomsky 2017).

En estos nuevos escenarios, que adquieren cada vez más el carácter de "mercados de la violencia", los Estados siguen estando presentes, pero no son más que un actor entre otros y en alianzas cambiantes con el resto de actores. No se puede insistir lo suficiente en el hecho de que el concepto de "estados fallidos" enmascara la realidad de una "destrucción" de esos Estados por medio de una combinación de políticas liberalizadoras e intervenciones militares. La refuncionalización de los Estados al servicio de los flujos asimétricos de capital, tecnologías y comercio y de la reorganización neoliberal de la producción (Hirsch 2001) también es responsable del debilitamiento, cuando no de la desintegración de la ya débil institucionalidad estatal en las periferias y de la privatización de la violencia, pues ambos fenómenos van unidos. Los conflictos bélicos, la desestatalización y el descontrol de la violencia tienen que analizarse en conexión con el proceso de informalización del trabajo, el dinero y la política resultado de la evolución del capitalismo global (Altvater/Mahnkopf 2002, 236ss):

La desintegración, incluso la destrucción del Estado –que no su "desmoronamiento"–, a menudo impulsada por Occidente, es, en última instancia, la consecuencia del orden neoliberal y del ascenso de los actores no estatales violentos. El "sectarismo", la confesionalización y la etnización de los conflictos, es la consecuencia casi inevitable, ya que es la forma última de organizar la supervivencia económica de estos actores

violentos y de sus miembros mediante la creación de unos "otros" imaginados o contruidos, ya sean definidos religiosa o étnicamente (Ruf 2019).

Quizás haya que dar un giro a la perspectiva y no ver la desintegración de los Estados en las periferias como resultado de la emergencia de conflictos étnicos latentes, sino más bien al contrario, considerar dicha emergencia como resultado de los procesos de imposición de una modernización capitalista, necesariamente fallida en el marco de un sistema basado en la inevitable producción de desigualdad y de asimetrías sistémicas.

Si atendemos a la justificación ideológica de las intervenciones militares de las potencias occidentales, siempre nos topamos con la defensa de la libertad y la implantación de sistemas democráticos presentadas como condición para una prometedora integración en la globalización capitalista. La creatividad lingüística de los estrategas de la guerra sigue produciendo bochorno a pesar del paso de los años ("justicia infinita", "libertad duradera", "centinela de la libertad"). ¿Pero realmente era tan prometedora la integración de las periferias en la economía global que promovían y promueven esas potencias? Ya desde los años ochenta los países occidentales y los organismos financieros internacionales venían imponiendo las llamadas "políticas de austeridad" mediante programas eufemísticamente llamados de "ajuste estructural" y de "buena gobernanza", a los que se supeditaban las ayudas y los créditos. No conviene olvidar que es en las periferias, de modo pionero en el Chile de Pinochet, donde empiezan a aplicarse las recetas neoliberales que pronto se trasladarían a la economía global. La privatización y la desregulación, los tratados de libre comercio que desprotegían las débiles economías dependientes, la asignación de un papel subalterno en la división internacional de la producción, etc. a medio y largo plazo no hicieron sino acelerar en muchos de esos países los procesos de aumento de la desigualdad, de empobrecimiento de los estratos más desfavorecidos y de deterioro de las instituciones estatales.

La proclamada "buena gobernanza" en realidad se basaba en alianzas con las élites políticas y económicas favorables a las mencionadas estrategias, que, más que combatir la corrupción, la han favorecido (Mateos 2015: 13ss). Por eso, lejos de ser un obstáculo a las transformaciones del modelo productivo, estos procesos han formado parte de la globalización neoliberal y han sido un componente esencial de la misma. Existe una conexión indudable entre las estrategias económicas, la desestabilización política de muchos países y los conflictos armados o las violencias descontroladas que asolan a las poblaciones sumidas en la miseria. Esos conflictos no podrían sostenerse en el tiempo si no contarán con el soporte de verdaderos "mercados de la violencia" alimentados por "mercados en la sombra" como el comercio ilegal de materias primas (petróleo, diamantes, minerales estratégicos, maderas tropicales), drogas, armas, personas, etc. (Le Billon 2004), que como es bien sabido no

funcionan sin contraparte, especialmente sin los paraísos fiscales y las redes de blanqueo. Los propios Estados occidentales amparan a los actores privados involucrados en los negocios que dan soporte a esos conflictos armados inacabables, con el objetivo de asegurarse el acceso a determinados recursos estratégicos de las regiones colapsadas.

Pero al final de este proceso, tras varias décadas de conflictos a lo largo y ancho del planeta, la globalización neoliberal ni ha conseguido incorporar de manera estable y subordinada a las periferias en el "nuevo orden" económico mundial, ni los países que la lideran pueden imponer por medio de las armas regímenes políticos que lo permitan. El papel que va quedando a esas periferias en la economía globalizada conduce cada vez a más países a situaciones socialmente insostenibles, a conflictos internos interminables, a una degradación ecológica que expulsa a las poblaciones en busca de supervivencia, a entornos de miseria en los que sufrir o ejercer la violencia se ha convertido en un círculo vicioso que atrapa la vida cotidiana. Ciertamente, dado el nivel de desarrollo tecnológico del arsenal militar de las potencias occidentales, no resulta difícil "ganar" una guerra. Pero esa expresión no significa ya gran cosa. Los supuestos vencedores de esas guerras se ven atrapados en las nuevas "economías de la violencia", de las que ni hay salida civil en un capitalismo en recesión –por la vía del desarrollo económico de los países ocupados–, ni por la vía militar –demasiado costosa en vidas humanas e insostenible económicamente–. Una vez perdida la capacidad y el interés por imponer en el conjunto de un territorio las condiciones que aseguren la reproducción del capital, también se pierde la capacidad y el interés por acabar con el resto de actores violentos. La reciente derrota de la primera potencia militar del mundo y de sus aliados en Afganistán lo ilustran del modo más elocuente. Tampoco identificar a determinados países como lugares de procedencia del peligro de atentados terroristas en el propio territorio permite conjurar dicho peligro por medio de la ocupación militar. En la era de los ataques suicidas dicha ocupación militar significa bien poco. Por no hablar de la completa ineficacia de la llamada "guerra sucia" contra el terror (ejecuciones extrajudiciales, torturas, internamientos ilegales). El nuevo ministro de defensa de Afganistán pasó por ese agujero negro del Estado de Derecho que es la prisión de Guantánamo. La privatización que se anunciaba como la fuente de todas las bendiciones económicas, aplicada a la violencia da un vuelco en su contrario.

**La reciente derrota de la primera potencia militar del mundo y de sus aliados en Afganistán ilustran cómo, perdida la capacidad de imponer las condiciones que aseguren la reproducción del capital, también se pierde la capacidad y el interés por acabar con los actores violentos**

## ***La guerra contra las mujeres y su significación sistémica***

En las nuevas formas de guerra analizadas hasta aquí la violencia contra las mujeres se ha convertido en un objetivo estratégico. Y esto es algo que no puede ser pasado por alto. La informalización de los conflictos bélicos y la importancia que adquieren en las nuevas economías de guerra las dimensiones expresivas de la violencia han hecho que la violencia contra las mujeres pase de ser un "efecto colateral" o un complemento de la guerra a adquirir una centralidad reveladora. Esta informalización desdibuja la frontera entre escenarios de guerra y otros espacios violentos del globo (Honduras,

**Es la disolución de las fronteras entre la violencia bélica y la violencia criminal la que crea las condiciones que convierten a la violencia contra las mujeres en un elemento central de las nuevas guerras. Las violaciones masivas forman parte de la estrategia bélica**

Brasil, Colombia o México), donde los homicidios alcanzan cifras aterradoras. Quizás la violencia contra las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez y la violencia sexual durante la guerra que desangró la Ex-Yugoeslavia mantengan conexiones que revelan las mutaciones de la violencia sistémica y bélica. Como señala R. L.

Segato, en el nuevo paradigma de violencia "la agresión sexual pasa a ocupar una posición central como arma productora de crueldad y letalidad, dentro de una forma de daño que es simultáneamente material y moral" (2016: 59).

Como señala Segato, el bajo nivel de formalización de las nuevas guerras y la difusión de la violencia en infinidad de contextos marcados por la pobreza, la desigualdad y el poder discrecional sobre los individuos, ha producido una diversidad de actores privados, paraestatales y estatales, cuya "violencia corporativa y anómica se expresa de forma privilegiada en el cuerpo de las mujeres" (61). Sobre dicho cuerpo, marcado inmemorialmente como posesión del poder patriarcal, se escenifica la capacidad letal de esos actores y se inscribe violentamente la derrota moral del enemigo. La dimensión expresiva propia de la violencia de género ha adquirido un nuevo protagonismo en los conflictos violentos de nuevo cuño, porque dicho conflicto ya no apunta a la derrota de un enemigo convencional y a un escenario posbélico de paz, sino a retroalimentarse y perpetuarse como fuente de poder y posesión o expolio de las partes implicadas. Esto explica que la violencia contra las mujeres exhiba como ninguna otra violencia el poder de los contendientes. En las nuevas formas de conflicto la violación y la tortura sexual de mujeres hacen visible la disposición a una crueldad sin límites. En este sentido, no se trata de crímenes de motivación sexual, sino de crímenes de guerra. Es la disolución de las fronteras entre la violencia bélica y la violencia criminal la que crea las condiciones que convierten a la violencia contra las

mujeres en un elemento central de las nuevas guerras. Las violaciones masivas forman parte de la estrategia bélica.

El imperialismo expansivo que incorporaba territorios y poblaciones al proceso de revalorización capitalista concedía a la guerra una significación de conquista en la que dichos territorios y poblaciones debían ser conservados para ser explotados, aunque fuese en las condiciones más severas. En el imperialismo de exclusión esos individuos y territorios se han vuelto inservibles para la revalorización del capital. Ahora el "negocio de la guerra" es otro: la extracción de rentas o de materias primas. La extorsión y la dominación despótica que las hacen posibles siguen patrones de violencia encaminados a destruir todos los elementos de cohesión comunitaria y a disolver el tejido social y las solidaridades primarias. También esto convierte a las mujeres, agentes destacadas y custodias de estos elementos, en diana de la violencia y víctimas de agresiones que buscan dicha destrucción. Cuando la crueldad expresiva se aplica al cuerpo de las mujeres resulta particularmente eficaz para demostrar un tipo de soberanía sobre las vidas que han perdido todo valor para quienes ejercen la violencia:

La violación pública y la tortura de las mujeres hasta la muerte en las guerras contemporáneas [...] es la destrucción del enemigo en el cuerpo de la mujer, y el cuerpo femenino o feminizado es [...] el propio campo de batalla en el que se clavan las insignias de la victoria y se significa en él, se inscribe en él, la devastación física y moral del pueblo, la tribu, comunidad, vecindario, localidad, familia, barriada o pandilla que ese cuerpo femenino, por un proceso de significación propio de un imaginario ancestral, encarna" (81).

### ***Pobreza y violencia***

Las mutaciones de la violencia sistémica también han afectado a la forma de abordar socialmente la pobreza. Salvando las enormes distancias entre los países ricos y las periferias, la era neoliberal no solo se salda con un crecimiento de las desigualdades que clama al cielo, sino que deja tras de sí un sinnúmero de paisajes sociales desoladores allí donde se dirija nuestra mirada. Los efectos sociales del amenazante horizonte de "estancamiento secular" que ha evidenciado la última gran crisis también están asociados a escenarios de violencia que es preciso analizar. El discurso neoliberal niega las causas estructurales de la pobreza y solo ve una salida para acabar con ella en la integración de los individuos en unas relaciones laborales que den acceso a un salario por mérito propio. Sin embargo, son las mismas transformaciones del sistema productivo las que han ido achicando ese ámbito de relaciones asalariadas y creando un contingente de población "excedente" que apenas encuentra posibilidades para reproducir su existencia (Zamora 2017: 26ss).

Se les exige materializar una relación de la que se ven estructuralmente excluidos. A la vista de las condiciones objetivas a las que está sometida esa población "excedente", las exigencias de flexibilidad, movilidad, emprendimiento, innovación, aprendizaje continuo y competitividad suenan como una burla. Los desempleados, muchos migrantes, los desplazados, las personas sin hogar o sin tierra, los refugiados, aquellos que malviven con actividades informales y tantos otros ya ni siquiera pueden aspirar a la condición de "ejército de reserva", que al menos albergaba la promesa de pasar en algún momento a integrar el "ejército regular" del salariado. Otros se ven atrapados en un universo de precariedad en el que el trabajo no saca en absoluto de la pobreza. Pero dado que la ideología neoliberal no admite la existencia de un impedimento estructural, el fracaso en la reproducción monetizada de la propia existencia solo puede imputarse a los mismos excluidos.

Lo que A. Sales llama "nuevo modelo de gestión de la pobreza y de la marginalidad" (2014: 14) ha conducido a una culpabilización y a una criminalización de los pobres. Los que no quieren o no pueden adaptarse a las condiciones y las exigencias de un mercado absolutizado aparecen como "parásitos", "fracasados", "no rentables", etc. Se trata de la construcción de un "enemigo simbólico" (Torre 2015: 96). Quien no es capaz de insertarse de manera exitosa en las dinámicas del sistema económico, igual si vive en uno de los muchos guetos de las ciudades azotadas por la crisis industrial, en una favela o un *slum* del tercer mundo o en una zona rural devastada por la sequía, es visto como una carga o como una amenaza. La exclusión social y los grupos de población "excedente" que generan las políticas neoliberales en el capitalismo competitivo globalizado se ven ratificadas en la política criminal. Con la renuncia a la integración y a los objetivos del estado de bienestar, se ejemplifica en las personas que han cometido delitos que ya no vale la pena invertir en una reserva de mano de obra que probablemente nunca podrá ser empleada de modo rentable (Bauman 2000: 83). Esta es la razón de que progresivamente, a partir de los años 1980, una realidad socioeconómica se haya ido convirtiendo en un asunto criminal. A falta de una posibilidad real de integración social, la pobreza solo es contemplada como objeto de acciones punitivas, represivas y coercitivas, como una fuente de peligros (García/Ávila 2015).

De combatir a la pobreza se ha pasado en la era neoliberal a combatir a los pobres o, cuando menos, a confinarlos en guetos, a encerrarlos en prisiones o mantenerlos a distancia por medios de muros infranqueables. La guerra neoliberal contra el crimen y la inseguridad pasa a incluir también a los pobres, porque la pobreza y la desigualdad se consideran "fuentes" de criminalidad, por más que es dudoso que esta haya realmente aumentado (Sales 2014: 63). Unos de los teóricos sociales más relevantes para el análisis de esta cuestión, L. Wacquant (2001, 2010), ha mostrado la imbricación que

existe entre gueto y prisión en sus estudios sobre la población afroamericana pobre de EEUU. Si la prisión actúa de facto como gueto judicial de la pobreza, el gueto se convierte en una especie de prisión extrajudicial de los pobres. Existe algo así como una continuidad carcelaria en el abordaje de la pobreza, de ahí el término *prisonfare*. Pero la respuesta punitiva a la criminalidad que se produce en contextos de extrema pobreza, deja de lado el vínculo sistémico entre la violencia y el cierre de horizontes al que se ven sometidos quienes habitan en esos contextos; deja de lado la violencia que representa la pobreza misma. Al criminalizarla se desplazan el malestar y los miedos generados por la desregulación y la desprotección social hacia la figura del delincuente, frente al que ahora hay que mostrar "tolerancia cero".

Para dar cobertura a esta política se construyen "pánicos morales". De este modo los "problemas sociales" se redefinen interpretando los conflictos sociales, los colectivos divergentes, las formas de sufrimiento y su tratamiento como "desviaciones de la norma". Estas, a su vez, se atribuyen a "grupos problemáticos", que, por razón de supuestos déficits individuales o grupales, aparecen como la causa de los problemas sociales. De

**Las campañas de la extrema derecha contra los inmigrantes "menores no acompañados" solo llevan al extremo una evolución que tiene su origen en el modelo neoliberal de abordaje de la pobreza**

esta manera se despolitizan y se individualizan las contradicciones estructurales. El señalamiento de los "jóvenes violentos" o los "migrantes peligrosos" es un ejemplo claro. Las campañas de la extrema derecha contra los inmigrantes "menores no acompañados" solo lleva al extremo una evolución que, como hemos visto, tiene su origen en el modelo neoliberal de abordaje de la pobreza. El vínculo construido entre pobreza y violencia está al servicio de un empleo contundente de la violencia estatal y, en ocasiones, paraestatal contra los pobres.

Pero donde se hace especialmente visible este vínculo sistémico entre pobreza y violencia es quizás en las megaciudades del Tercer Mundo. En *Planeta de ciudades miseria*, Mike Davis (2014) hace un recorrido por las áreas urbanas superdegradadas del Tercer Mundo (Bombay, Lima, Kinshasa, Luanda, Jartum, Dar-es-Salaam, etc.) y nos confronta con un crecimiento sin precedentes de la pobreza en esas áreas. Mil millones de personas sobreviven en los *slums* de las ciudades miseria. El éxodo de la población rural a esas ciudades está relacionado directamente con los programas de ajuste estructural y la desregulación agrícola de los años 1980 que favoreció a la industria agroalimentaria de los países ricos y destruyó la base de subsistencia de cientos de miles de campesinos en el Tercer Mundo. Esto los empujó hacia las ciudades que progresivamente se convirtieron en sumideros de miseria, pues el creci-

miento desorbitado de estas megaciudades no guarda relación alguna ni con un crecimiento económico o industrial, ni con un proceso de urbanización sostenido por dicho crecimiento. La incapacidad de los Estados sometidos a las políticas de ajuste para enfrentarse a las consecuencias de la liberalización del mercado de la vivienda y del empleo ha supuesto que las masas empobrecidas hayan quedado abandonadas a sí mismas y entregadas a formas degradadas de subsistencia. Se han visto obligadas a ocupar zonas vacantes expuestas a mayor riesgo natural y artificial, sin los servicios básicos, saneamiento y acceso a agua potable. Sin miedo a exagerar podemos hablar de verdaderos vertederos humanos. La violencia diaria que provoca la miseria extrema es ella misma extrema. La supervivencia adquiere rasgos de una dureza casi invivible.

### *Economía de la exclusión e incompatibilidad con la vida*

Las dinámicas estructurales, sus contradicciones y su propensión a las crisis, despiertan en el momento actual interrogantes de enorme calado. Aunque no se pueda afirmar con completa certeza la aparición de un límite interno infranqueable del proceso de acumulación capitalista, cuando menos es necesario admitir que no vamos a contar con una estabilización duradera y sí probablemente con períodos más o menos largos de recesión y quizás tímidas recuperaciones. La tercera revolución industrial no permite generar los círculos económicos "virtuosos" del fordismo. Pero mantener las tasas de beneficio, algo a lo que el sistema no puede renunciar, cada vez permite menos la financiación de la reproducción de la vida de los que el sistema económico declara "superfluos". El imperialismo expansivo que incorporaba territorios y poblaciones al proceso de revalorización capitalista ha dejado paso a un imperialismo de exclusión para el que una masa creciente de individuos y territorios se convierten en inservibles para esa revalorización. Las formas de "reconocimiento" de los sujetos nacionales de derecho que acompañó como un modelo de lujo a la expansión capitalista postbélica en los centros del sistema capitalista, se van descomponiendo progresivamente en la misma medida que el endeudamiento público que las ha sostenido en las últimas cuatro décadas se vuelve inviable a largo plazo.

El sostenimiento de la acumulación exige hoy formas de expropiación y saqueo que han generado un nuevo tipo de conflicto bélico y nuevas economías de guerra que desencadenan movimientos de huida y desplazamientos masivos. La multiplicación de los muros entre la riqueza y la pobreza son una manifestación de la violencia que va a ser precisa para mantener a raya a la "humanidad sobrante". Las fronteras entre la riqueza y la pobreza se han convertido en líneas de muerte (Zamora 2016). Las políticas migratorias europeas y las zonas de muerte que han creado en sus fronteras muestra con toda claridad que los grandes principios de la modernidad política como ciudadanía,

derechos humanos, democracia y humanismo no pueden universalizarse en una sociedad capitalista, pues sus formas de configurar lo social producen un vuelco entre medios y fines por el que la reproducción de la vida depende del proceso de revalorización del capital. Medios y fines invierten el rango. Y esto tiene consecuencias para hacer valer el máximo principio de la modernidad: la afirmación de que el ser humano es un fin en sí mismo. El sostenimiento de la vida ha entrado en contradicción abierta con las leyes de la acumulación. La otra cara de una autoconservación supeditada al beneficio que sacrifica a su sujeto es la pérdida de valor de todos aquellos cuya vida es reducida a la mera supervivencia.

### Referencias bibliográficas:

- ALTVATER, E. y B. MAHNKOPF (2002): *Las limitaciones de la globalización. Economía, ecología y política de la globalización*. México/Buenos Aires: Siglo XXI.
- BALIBAR, É. (2003): *Nosotros, ¿ciudadanos de Europa? Las fronteras, el Estado, el pueblo*. Madrid: Tecnos.
- BAUMAN, Z. (2000): *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- CALL, Charles T. (2008): The Fallacy of the 'Failed State', *Third World Quarterly*, Vol. 29, No. 8, 1491-1507.
- CHOMSKY, N. (2017): *Estados Fallidos: El abuso de poder y ataque a la democracia*. Barcelona: Edinones B.
- DAVIS, M. (2014): *Planeta de ciudades miseria*. Madrid: Akal.
- DUFFIELD, M. (2004): *Las nuevas guerras en el mundo global. La convergencia entre desarrollo y seguridad*. Madrid: La Catarata.
- FRAENKEL, E. (1941): *The Dual State: A Contribution to the Theory of Dictatorship*. Clark: The Lawbook Exchange, Ltd., 2006.
- GARCÍA, S. y D. ÁVILA (2015) (Coord.): *Enclave del riesgo. Gobierno neoliberal, desigualdad y control social*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- GERSTENBERGER, H. (2017): *Markt und Gewalt. Die Funktionsweise des historischen Kapitalismus*. Münster: Westfälisches Dampfboot.
- GRAEBER, D. (2021): *El Estado contra la democracia*. Madrid: Errata naturae.
- HUNTINGTON, S. P. (1993): The Clash of Civilizations?, *Foreign Affairs*, Vol. 72, No. 3, 22-49.
- JÜNGER, E. (1930), *La movilización total*, en id., *Sobre el dolor, seguido de La movilización total y Fuego y movimiento*, trad. de A. Sánchez Pascual, 2ª ed., Barcelona: Tusquets, 2003.

- KURZ, R. (2009): *Schwarzbuch Kapitalismus. Ein Abgesang auf die Marktwirtschaft*, nueva ed. ampliada, Frankfurt/M.: Eichborn.
- KURZ, R. (2012): *Geld ohne Wert. Grundrisse zu einer Transformation der Kritik der politischen Ökonomie*. Merdingen: Horlemann.
- LE BILLON, Ph. (2010): The Geopolitical economy of 'resource wars', *Geopolitics*, Vol. 9/1, 1-28.
- MANDEL, E. (1972): *El capitalismo tardío*. México: Ediciones Era.
- MATEOS, O. (2015): *¿De la "tragedia" al "milagro"? África Subsahariana en el nuevo contexto multipolar*. Barcelona: CiJ.
- MOORE, J. W. (2013): El auge de la ecología-mundo capitalista, I. *Laberinto* 38: 9–26.
- MOORE, J. W. (2014): The End of Cheap Nature, en C. Suter y C. Chase-Dunn (Eds.): *Structures of the World Political Economy and the Future of Global Conflict and Cooperation*. Berlin: LIT, 285–314.
- RUF, W. (2019): *Kriegsökonomie: politische Ökonomie der Gewalt. Wie die Expansion des Kapitalismus Staat und Gesellschaft zerstört*. Rosa-Luxemburg Stiftung. <https://www.rosalux.de/publikation/id/40430>, (consultado el 6.5.2021).
- SALES, A. (2014): *El delito de ser pobre. Una gestión neoliberal de la marginalidad*. Barcelona: Icaria.
- SOMBART, W. (1913): *Guerra y Capitalismo*. Madrid: Summa 1943.
- TORRE, I. (2015): La criminalización de la pobreza al servicio del neoliberalismo, *Viento Sur*, 138, 93-101.
- WACQUANT, L. (2001): *Las cárceles de la miseria*. Madrid: Alianza.
- WACQUANT, L. (2009): *Castigar a los pobres: el gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Gedisa.
- WALLERSTEIN, I. (1984): *The Politics of the World-Economy*. Cambridge: Cambridge U.P.
- ZAMORA, J. A. (2016): Grenze und Gewalt: Neue Todeszonen in Europa, en Th. Becker y otros (eds.): *Grenzsteine. Beiträge zur Kritik der Gewalt*, München: Text+Kritik, 97-106.
- ZAMORA, J. A. (2017): Crisis del capitalismo: callejones sin salida y transiciones postcapitalistas, *Iglesia Viva*, 272, 11-40.
- ZIZEK, S. (2009): *Sobre la violencia: seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós.